

Correspondencia familiar

Año 1960	Suplemento de LIRIOS <i>(Exclusivo para las aliadas)</i>	Núm. 31
----------	--	---------

EL PADRE A SUS ALIADAS

Así como en las primeras luchas de la Iglesia, después de la Ascensión de Jesús a los cielos, María fue el sostén, el aliento, el apoyo y el consuelo de los Apóstoles, así María lo es de la Alianza.

Bien necesita, pues, del calor de María el alma, que, dejando a un lado los halagos y regalos del mundo, emprende la subida a las alturas de la vida santa, pura y sacrificada de la Alianza.

Mil veces habrá de mirarla, invocarla, besar su medalla bendita, buscar su defensa y escudarse en su maternal regazo.

Desde su fundación, lleva la Alianza en su escudo y en su propio nombre, la expresión y significación de esta consoladora verdad, una de las más destacadas de la Mariología: A JESÚS POR MARÍA.

En la idea de la Alianza, nunca se ha prescindido de esta eficacísima intervención, la más positiva, de la Virgen Santísima.

María es nuestro modelo. Ha sido puesta como mediadora entre Dios y los hombres, no sólo para estrechar las relaciones del hombre con Dios, sino también para imitarla y asemejarnos a ella, a fin de que seamos menos indignos de acercarnos a Dios y de que Dios se acerque a nosotros.

María es modelo perfecto y acabado; no hay en Ella imperfección alguna, no hay mancha, ni impureza, ni incorre-

cción; todo es terso, perfecto, acabado. Es Ella, al mismo tiempo, la criatura más rica en gracia y con todo género de virtudes.

Hay que imitar a la Madre; hay que parecerse a la Madre; hay que copiar a la Madre; y la Madre se acerca a nosotros de manera muy imitable.

María vivió una vida interior intensa, vivió dentro de sí, en su corazón, a una profundidad imposible de ser descubierta.

Antes de verificarse el misterio de la Encarnación, ya María vivía en Dios, y Dios vivía en Ella; antes que el ángel viniera a anunciarle el misterio, el Espíritu Santo era Huésped permanente de su riquísima alma.

Nazaret, después, seguirá siendo el gran sacramento de las intimidades entre Jesús y María; alma consagrada, Esposa y Madre en una pieza, por un lado, y Dios, Esposo e Hijo, por otro.

En Nazaret, todo ha pasado inadvertido. La familia del Carpintero no tiene distinción alguna entre los vecinos del pueblo. El velo de una encantadora sencillez ha ocultado los más sublimes misterios. Una vida vulgar, que está a la vista de todos, guarda y esconde la otra vida que es la verdadera vida, que permanece en el interior.

Dios trajo al mundo a la Inmaculada, preparando en Ella un huerto cerrado, en el cual el Divino Hortelano plantara la fragante azucena de la virginidad.

«Flor del campo y lirio de los valles» podemos, como a Jesús, llamar también a María. Virgen no en el claustro amurallado, sino del pueblo, del hogar, del taller, es María.

Antonio Amundarain